

La semilla que dio fruto

Solamente se arriesga a tirar la semilla en la tierra quien confía en que dará fruto. Gracias a Dios hay actualmente personas que entienden así la vida y apuestan fuerte por aquello que espe-

ran. Los cristianos celebramos la *Fiesta de Todos los Santos* para hacer un altc en el camino: miramos a estas personas, contemplamos sus vidas porque «ellos son santos».

Su recuerdo nada tiene que ver con la nostalgia o con el sentimiento superficial. Recordamos a estas personas porque su testimonio nos alienta en el servicio y la entrega a nuestros hermanos del mundo obrero; y también porque nos ayuda a no perder de vista la meta a la que nos dirigimos: los brazos de Dios nuestro Padre, cuya gloria consiste en que todos sus hijos e hijas vivan con dignidad y con futuro.

El recuerdo de **Aurita** nos invita a leer la vida en esta clave.

Cuando una persona como Aurita muere, se nos mezclan sentimientos contradictorios: de profunda tristeza por la pérdida y, a la vez, de gran gozo por la seguridad de que estará con el Padre, a quien tanto quiso y a quien vio reflejado en cada persona.

Aurita murió con 77 años y la intensidad con la que se empeñó en vivirlos hace que podamos hablar de ella diferentes generaciones de militantes cristianos y no cristianos, porque en todos nosotros dejó una huella: la del que sigue al Padre con la fidelidad y la radicalidad de toda una vida.

Áurea González, Aurita fue la mayor de los diez hijos de los caseros de una finca rural de Alba de

Tormes, en Salamanca. Todos los hermanos se criaron en el caserío y no fueron al colegio, de hecho, Aurita aprendió a leer y a escribir con casi 16 años. Ingresó en el



Aurita.

Instituto Misioneras Seculares, en el que siguió toda su vida, y conoció la HOAC en Salamanca a los 30 años. Su primera experiencia fuera de su tierra fue en un proyecto de alfabetización de chicas jóvenes en una zona rural de Jaén. Posteriormente y antes de llegar a Elda fue gobernanta de un centro religioso de Formación Profesional en Sevilla.

En el año 1967 un grupo de personas de la parroquia de Santa Ana de Elda solicitó al Instituto que enviara a algunas personas para trabajar en una zona marginal

de población gitana llamada La Tafalera. Aurita, junto con una compañera del Instituto se instaló en el barrio, el cual no tenía ni luz ni agua corriente. Posteriormente tendría otra compañera, Pepi Zamora, con la que vivió 15 años a lo largo de los cuales fueron pasando por diferentes casas, tan precarias como las del resto de los vecinos. En este barrio pasó Aurita los años más felices de su vida, a pesar de la dureza de las condiciones, de hecho, en sus últimos días recordaba esta etapa con mucho cariño. Pepi Zamora comenta: «Ella estaba completamente al servicio de la gente y en nuestra casa lo mismo se escribía una carta que se ponía una inyección, se preparaba comida o se ayudaba económica-

mente a la gente mayor, pues antes no existía ningún tipo de subsidio». Fueron años intensos de compartir vivencias y experiencias con otros cristianos comprometidos, que marcaron profundamente las vidas de todos.

Aurita fue obrera durante toda su vida, por opción y para no tener que depender de nadie económicamente. Cuando llegó a Elda tenía 40 años y encontró trabajo en una fábrica de guantes de golf en la que se quedaría diez años,

Continúa en la pág. 4

Viene de la pág. 2

hasta que cerró. Algunos de sus compañeros en esta empresa, a los que hacía más de cuarenta años que no veía asistieron a su entierro.

Un pueblo industrial como Elda vivió con intensidad los años de efervescencia política y sindical del final del franquismo y la transición. Aurita fue decisiva en la gestación de los primeros sindicatos libres desde la clandestinidad. Formó parte del comité de empresa y participó activamente en el movimiento asambleario de los trabajadores desde el sindicato USO. Posteriormente, se afiliaría al sindicato Comisiones Obreras en el que terminó trabajando como administrativa.

Aurita, sus compañeras y otros militantes cristianos crearon en La Tafalera la primera Asociación de vecinos de la provincia de Alicante en el año 73. Andrea, una militante de la HOAC comenta que «en aquellas asambleas vecinales donde todo se debatía y todos decidíamos, nos enganchó a muchos». No obstante, la mayor apuesta de Aurita fue por el mundo sindical y laboral; de hecho, desde la asociación de vecinos convocaba a los trabajadores para informarles del convenio del calzado: asimismo, se encargó de la formación de 400 delegados de empresa. Para las mujeres trabajadoras tuvo una sensibilidad especial y convocó decenas de reuniones para facilitarles toda la información posible.

Aurita fue una gran luchadora que supo animar y poner en marcha a mucha gente. En Elda dio un impulso tremendo a la HOAC

y acompañó a muchos grupos. Su servicio al mundo obrero cambió de la HOAC a la JOC cuando el sacerdote de San Francisco de Sales, Ginés Pardo, le pidió su ayuda para animar a grupos de jóvenes trabajadores en la JOC, movimiento que por entonces se estaba iniciando en el País Valenciano desde allí.

Lo que más nos impactó a los jóvenes que la conocimos entonces fue su radicalidad y austeridad. Una mujer de 60 años era el motor de un grupo de chicos y chicas que habíamos crecido en el mundo del consumo, por eso nos llamaba tanto la atención su sencilla casa, en la que ¡no había televisión! Pepi Zamora recuerda lo que costó que accediera a comprar una lavadora cuando vivían en La Tafalera, pues el tiempo no les alcanzaba para hacer tantas cosas: «nos levantábamos a las 6 de la mañana y antes de irnos a trabajar preparábamos los temas de formación de la HOAC: mientras una lavaba a mano, la otra leía en voz alta».

Sus últimos años los dedicó a animar grupos de Comunidades Cristianas y colaboró con organizaciones que buscan la justicia social, como la Recade y el Comercio Justo. Desde su convencimiento del poder liberador de Cristo, Aurita tuvo sus diferencias con otros grupos de cristianos que buscaron de buena fe una ayuda asistencial para los pobres. Ella cuestionó las causas profundas de las situaciones desde la raíz y buscó toda su vida la justicia social que defiende el Evangelio.

Aunque no le gustaban nada, antes de enfermar recibió dos home-

najes: uno de Nueva Izquierda de Elda «A la buena gente» y otro de su Parroquia de San Francisco de Sales, en la que estuvo presente el obispo de la diócesis, Victorio Oliver. Cuando murió, la manifestación comarcal del Primero de Mayo en Elda le dedicó un minuto de silencio.



Su último gesto de servicio y desprendimiento fue donar su cuerpo a la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca para que investigaran con él y porque consideraba que los gastos de los entierros no tenían sentido.

Algunas personas dejan huella por su bondad, otras por su sabiduría, Aurita plantó en los corazones de quienes la conocimos la semilla inquieta de un Evangelio que no se conforma con hacer el bien, sino que quiere buscar la justicia. ■

«en todos nosotros dejó una huella: la del que sigue al Padre con la fidelidad y la radicalidad de toda una vida»